

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Dame la fe de mis padres

Vittorio Scelzo:
«El reto es aprender
a envejecer
mirando al futuro
y no al pasado,
envejecer de una
manera soñadora»

Número 29
enero-febrero de 2023
5,75 €





Sumario:



5
11



6
12



8
14



9
15



10
16



11



12



14



15



16

Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Año 6. Número 29
enero-febrero 2023

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2022/2023:

En papel: 33,00 €

Online: 23,00 €

Precio de este ejemplar:

5,75 €

Dirección:

Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez Valladares
Maria Guarch
Dani López
M. Àngels Termes
Joan Torra

Consejo asesor:

Natàlia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez
Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 933 022 235
wa: 619 741 047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

CNS / Paul Haring

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



TRANSMISORES DE LA FE

Transmitir la fe de padres a hijos nos enlaza con todas las generaciones que han creído en Dios. Pero, ¿en qué momento estamos ahora? Es una buena pregunta que requeriría un estudio sociológico, y no es función de esta revista plantearlo. Ahora bien, en lo que sí podemos ahondar es en cuáles son las raíces de nuestra fe, de cada uno de nosotros, y qué papel han representado quienes nos han precedido.

Aquí es donde encontramos a los familiares más próximos. De modo especial los mayores y abuelos, que en muchos casos nos han acompañado desde nuestra niñez en el descubrimiento de la trascendencia. No siempre es así, en todo caso, merece la pena tener una mirada más amplia y reconocer a otras personas adultas que nos han mostrado el camino de la fe. Reconocerlas y valorar la vida fecunda que nos han ofrecido.

Por otro lado, cuando nos hacemos mayores, es bueno que aprendamos a descubrir todo lo positivo que podemos vivir y transmitir, la alegría que podemos dar a los demás, las ganas de continuar atentos a la realidad, la paz que podemos vivir en la debilidad. Y en todo ello, la mano amorosa de Dios, que es el Padre que nos lleva en los brazos. Más allá de todo, y nos pase lo que nos pase, está Él, que nos ofrece su vida para siempre.

Los mayores, transmisores de la fe

En el contenido de la revista, [Concepción Huertas](#) nos habla del Dios de nuestros padres en la fe, en el mismo sentido que el Señor lo hizo cuando se presentó a Moisés, que nosotros somos un eslabón más de una larga cadena que no se ha interrumpido nunca. Y [M^a Carme Massé](#), a partir del cuarto mandamiento (honrarás a padre y madre), valora, para la sociedad actual, el amor intergeneracional y entrega generosa como el único camino para conocer el amor que Dios nos tiene.

La entrevista de [Carme Munté](#) a [Vittorio Scelzo](#), responsable de la pastoral de los mayores en el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida del Vaticano, nos acerca al magisterio del Papa, al que define como un anciano que construye sueños. [Enric Termes](#) nos recuerda la tarea tan importante que hacen las y los catequistas más mayores y reivindica también la necesidad de una pastoral de los mayores muy atenta a los aspectos particulares de sus vidas. Por otro lado, [Álvaro Medina](#) nos presenta *Vida Creciente* y las Jornadas Mundiales de Abuelos y Gente mayor.

[Mercè Solé](#) comenta el documental *100 días con la Tata*, una experiencia de aprecio y cuidado durante el tiempo de confinamiento. Y [Dolores Aleixandre](#) cierra la revista abriéndonos a las esperanzas de Simeón y Ana.

Nuestras secciones de formación, oración y lecturas también os esperan en estas páginas.

¡Buena y fructífera Cuaresma!

QUITERIA GUIRAO ABELLÁN
qguirao@cpl.es

LOS MAYORES, TRANSMISORES DE LA FE

El obispo Ambrosio de Milán (339-397) escribió un *Tratado sobre el evangelio de San Lucas*. Una obra preciosa donde desgrana perícopa tras perícopa, y a veces palabra por palabra, el sentido que encuentra en el texto inspirado. En aquel momento los latinos todavía no estábamos acostumbrados a esta exégesis; la hacían los griegos porque el texto bíblico les era más cercano ya que estaba escrito en su lengua griega, mientras que en Occidente debía traducirse al latín. Pues bien, en el libro segundo de esta obra (2,58-62) hace el comentario de aquella entrañable escena donde Jesús es presentado en el Templo y lo reciben los ancianos Simeón y Ana (*Lucas 2,22-40*). Qué comentario más bonito y profundo sobre cómo estos ancianos son también transmisores —¡profetas, dice él!— de la fe.

58. «Y he aquí que había un hombre en Jerusalén por nombre Simeón. Y era este hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba la consolación de Israel». No solo los ángeles y los profetas, los pastores y los parientes, sino también los ancianos y los justos aportan su testimonio en el nacimiento del Señor. Toda edad, uno y otro sexo, los acontecimientos milagrosos dan fe: una Virgen engendra, una estéril da a luz, un mudo habla, Isabel profetiza, el mago adora, el niño encerrado en el seno materno salta de gozo, una viuda da gracias y un justo espera. Con razón se le llama justo, pues no aguardaba su propia gracia, sino la del pueblo, deseando por su parte ser librado de los lazos de este cuerpo frágil, pero esperando ver el Mesías prometido; pues él sabía «que eran dichosos los ojos que lo veían» (*Lucas 10,23*).

59. «Ahora, dice, dejad partir a vuestro siervo». Considera a este justo, encerrado por así decirlo, en la prisión de este cuerpo pesado y que desea librarse de él para comenzar a estar con Cristo: «Pues es mucho mejor ser librado de él y estar con Cristo» (*Filipenses 1,23*). Mas el que quiere ser librado ha de venir al templo, ha de venir a Jerusalén, esperar al Ungido del Señor, recibir en sus manos la Palabra de Dios y como estrecharla en los brazos de su fe. Entonces él será liberado y no verá la muerte habiendo visto la vida.

60. Considera qué abundancia de gracias ha derramado sobre todo el mundo el nacimiento del Señor y cómo la profecía ha sido negada a los incrédulos (cf. *1 Corintios 14,22*), pero no a los justos. He aquí que Simeón profetiza que nuestro Señor Jesucristo ha venido para la ruina y resurrección de

muchos, para hacer entre los justos y los injustos el discernimiento de los méritos y, según el valor de nuestros actos, como juez verdadero y justo decretar suplicios y premios.

61. «Y tu alma, dice, será atravesada por una espada». Ni la escritura ni la historia nos enseña que María haya emigrado de esta vida padeciendo el martirio en su cuerpo; pues no el alma, sino el cuerpo es el que puede ser transverberado por una espada material. Esto nos muestra, pues, la sabiduría de María, que no ignora el misterio celeste; ya que «la palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y el espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (*Hebreos 4,12*); pues todo en las almas está desnudo y descubierto para el Hijo, al cual no escapan los secretos de la conciencia.

62. De este modo, Simeón ha profetizado, y habían profetizado también una mujer casada y una virgen; debía de hacerlo también una viuda, para que no faltase ni el sexo ni el estado de vida. Por esto nos es presentada Ana: los méritos de su viudez y su conducta nos inducen a creer que fue considerada digna de anunciar que había venido el Redentor de todos. Habiendo descrito sus méritos en otro lugar, cuando tratamos acerca de las viudas [Ambrosio les dedicó un tratado], no juzgamos oportuno repetirlo aquí, porque queremos exponer otras cosas. No sin razón se han mencionado los ochenta y cuatro años de su viudez; pues estas siete docenas y dos cuarentenas parecen indicar un número sagrado.

EL DIOS DE NUESTROS PADRES

CONCEPCIÓ HUERTA VALLÈS

Nuestra generación es una pieza más de una larga cadena que no se ha interrumpido nunca y que, por la fuerza del Espíritu, sostendrá la pieza siguiente, y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos

Fotografía: Antoni M.C. Canal



La fe que profesamos enraíza en la fe de Israel, explicitada en el conjunto de los setenta y siete libros que forman la Biblia. Israel, un pueblo situado en el Oriente Próximo, hace más de cuatro mil años, en un acontecimiento capital de su historia, como es su liberación de la esclavitud en Egipto, descubre, por un lado, la intervención de Dios mismo, a quien reconoce como único Dios y Señor; por el otro, experimenta que Dios lo ha elegido como su Pueblo. Dios, que se había presentado a Moisés en la montaña de Horeb diciendo: «Soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob», y con el nombre: «Yo soy el que soy», establece una Alianza con su pueblo, en función de la cual el Señor siempre le será fiel; y el pueblo confiará en el Señor y cumplirá sus mandamientos.

El sentido enigmático del nombre del Señor se comprende a medida que Él se va manifestando en la historia de Israel y hablando por boca de sus profetas, que anuncian la venida del Mesías, el Salvador. Este anuncio se hace realidad hace poco más de dos mil años: el Hijo de Dios, «Yo soy», por obra del Espíritu Santo, se encarna en el seno de María de Nazaret, a través de la cual enraíza en la cultura judía y es circuncidado como signo de pertenencia a la fe y pueblo de Israel y educado según la fe de sus padres. En su adultez fue tenido por un profeta. Él nos reveló el verdadero rostro de Dios: el de Padre, y nos enseñó a invocarlo como tal. Según el evangelio de Juan, Jesús se aplica a sí mismo el nombre de Dios revelado en el Horeb: «Yo soy el camino y la verdad y la vida», «Yo soy la Luz del mundo», «Yo soy el buen Pastor»,

etc. Por este motivo, entre otros, fue condenado a morir clavado en la cruz y, al tercer día, resucitó. La muerte y resurrección de Jesús son el signo de una nueva Alianza: ahora, con el hombre y con toda la humanidad. La Iglesia, por la acción del Espíritu, será el nuevo Pueblo de Dios.

La fe en Jesús de Nazaret, el Cristo, el Hijo de Dios vivo, nos vincula con una larga retahíla de generaciones, de hombres y mujeres de todos los lugares del mundo que han creído antes que nosotros. Desde Abrahán hasta nuestros días. Nuestra generación es un eslabón más de una larga cadena que no se ha interrumpido nunca y que, por la fuerza del Espíritu, sostendrá la pieza siguiente, y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Esta cadena, de hecho, fue iniciada por Dios «al principio», en la alborada de los tiempos, con la creación del mundo y, sobre todo, con la creación del hombre y la mujer, hechos a su imagen y semejanza, con los cuales estableció una relación privilegiada que perdura en el tiempo.

Con toda propiedad, podemos hablar del Dios de nuestros padres (en la fe) en el mismo sentido que el Señor lo hizo al presentarse a Moisés. Ahora es nuestro tiempo para anunciar «eso que hemos visto y oído» (1 Juan 1,3) a la generación que nos sigue. No estamos solos. «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mateo 28,20). Él no envejece.

VITTORIO SCELZO: ENVEJECER MIRANDO EL FUTURO

CARME MUNTÉ MARGALEF

Desde el minuto cero de su pontificado, el papa Francisco ha criticado la cultura del descarte, que margina a las personas que no son productivas, entre ellas, los ancianos. Y para ponerlos en el lugar que les corresponde, ha instituido la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, con motivo de festividad de santa Ana y san Joaquín.

Durante el pasado año, además, dedicó una serie de catequesis sobre el sentido y el valor de la vejez, en las que habló de un tema tan importante como es el de la alianza intergeneracional: «Si los ancianos se repliegan en su melancolía y renuncian a soñar, los jóvenes no podrán ver más allá de su *smartphone*». Por contra, «los ancianos están llamados a comunicar sus sueños, para que a partir de ellos los jóvenes puedan ensanchar horizontes y tomar decisiones que abran caminos de futuro».

También el Dr. Vittorio Scelzo, responsable de la pastoral de las personas mayores en el [Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida del Vaticano](#), tiene sueños grandes para los ancianos.



Dice el papa Francisco que «una sociedad muestra su nivel de civilización por la forma como trata y acoge a los ancianos». Desde esta perspectiva, ¿cómo definiría a nuestra sociedad?

Lo que dice el Papa es muy importante y me gustaría subrayar que la frase original es del papa Benedicto, que la dijo a pocos meses de su renuncia. ¡Es magisterio de dos papas! Si tuviéramos que medir el nivel de civilización de nuestra sociedad por cómo trata y acoge a los ancianos, habría muchas cosas que decir. Desde el principio de su magisterio, el papa Francisco habla de los descartados y, en este sentido, un colectivo descartado es el de los ancianos. Hemos visto cómo la sociedad los trató durante la pandemia del Covid-19, con tantos ancianos muertos en soledad en las

residencias. Si miramos cómo los ancianos son descartados, entendemos bien que por delante tenemos un gran trabajo.

¿Cuáles son las principales problemáticas que marginan a los mayores: soledad, brecha digital...?

La brecha digital es un gran problema, porque la sociedad se convierte en inaccesible para los mayores. En muchos casos hay derechos que no se pueden disfrutar y, en este sentido, hay un gran trabajo que hacer para que el mundo digital sea accesible a los mayores. Dicho esto, yo diría que todavía la soledad es el mayor desafío. En la familia hay una crisis horizontal de separación entre matrimonios, pero también vertical, con una gran brecha entre los padres mayores y los hijos adultos. Esto también es una línea divisoria que atraviesa nuestras familias

y también debe ser abordado. Muchas veces pasa que los hijos adultos abandonan a sus padres, ¡es una lástima! Es necesario que cada uno de nosotros se acuerde del cuarto mandamiento: «Honra a tu padre y tu madre».

¿Cuál es la importancia de convivir como se hacía antiguamente, varias generaciones juntas de una misma familia?

Ese modelo de convivencia de varias generaciones bajo un mismo techo funcionaba cuando los ancianos eran pocos, pero es que hoy en día, en Europa, ya casi son el 25% de la sociedad. Por tanto, hay que pensar modelos nuevos como la convivencia entre ancianos –amigos que comparten sus recursos y se sostienen en sus necesidades– o tantos jóvenes migrantes que cuidan a gente

mayor. Hay que trabajar con la fantasía del amor para imaginar soluciones nuevas.

¿Cómo la Iglesia puede favorecer y dar oportunidad para que la gente mayor recupere un lugar central y protagonista? ¿Hay que promover e impulsar una renovada Pastoral de las personas mayores?

El papa Francisco nos indica que la Iglesia tiene que hacer un gran trabajo de conversión para situar a los ancianos como centrales en la vida de las comunidades cristianas. Lo primero es darse cuenta de que la realidad ha cambiado de una manera radical. No podemos seguir pensando que los mayores son personas que necesitan nuestro cuidado. Los mayores constituyen la mayoría de la gente que va a misa el domingo. Por tanto, lo que tenemos que hacer es pensar cuál puede ser su misión dentro de la comunidad. Cuando seamos capaces de entender que los ancianos son necesarios y que tienen una misión y papel central dentro de la comunidad, dejaremos de descartarlos. En este sentido, un instrumento muy útil son las catequesis que el Papa dedicó el año pasado a los mayores y en las que intentó desarrollar una espiritualidad de la vejez. En la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores del año pasado nos recordó que todos sabemos que vamos a envejecer, pero que nadie nos enseña cómo hacerlo, no hay escuelas para envejecer. Por eso, hay la necesidad de desarrollar una espiritualidad propia de la edad anciana.

¿Cuál es el protagonismo y aportación concreta de los

mayores como transmisores de la fe a las nuevas generaciones?

En este tiempo de guerra en Ucrania y en otros lugares del mundo, los mayores tienen el gran reto de recordar la importancia de luchar por un mundo en paz. El desafío más importante de nuestros abuelos fue construir una Europa en paz. Eso fue posible después de la derrota total que supuso la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día, los ancianos tienen la misión de recordar a los jóvenes que se puede construir un mundo en paz, un mundo donde los derechos sean respetados, donde se refuercen los valores democráticos, donde la Iglesia tenga una palabra para todos, especialmente para los pobres. También los ancianos tienen la misión de enseñar a perder, a entender que no siempre podemos vencer todas las batallas, que en toda vida hay muchas derrotas que tenemos que saber aceptar, porque las derrotas también forman parte de la vida, pero no son el fin de la vida. Que también se puede seguir agradeciendo si no todo va como habíamos imaginado. Que el centro no soy siempre yo y que vale la pena tener cuidado de los demás.

¿Qué acciones y gestos, como enseñar las oraciones básicas, pueden ser germen de fe?

El Papa insiste mucho en la importancia de mantener vivas las raíces del pueblo, de la familia, y transmitir la fe, también las oraciones. Sin embargo, hay que tener claro que los jóvenes no rezarán como lo hacían sus abuelos hace cincuenta años, porque la fe tiene que ser inculcada y transmitida a las nuevas generaciones con su propio

lenguaje. Lo que tienen que comunicar los abuelos a sus nietos es la ternura, el abandono y la confianza en Dios, la fragilidad, los sueños, la paz.

¿Enseñar en la fragilidad y la vulnerabilidad choca con nuestra sociedad, que se cree invencible y autosuficiente?

En cualquier momento todos podemos descubrirnos vulnerables y es en ese momento cuando nos damos cuenta de que formamos parte de una hermandad, de que todos somos hermanos. Las personas necesitamos a los demás y necesitamos a Dios, no nos bastamos con nosotros mismos. En este sentido, los ancianos pueden enseñar a sus nietos a rezar. No se trata de enseñarles el rosario, sino de encomendarse al Señor, de entender que necesitar a los demás no es ninguna vergüenza. Todos somos seres necesitados de ser sostenidos por Dios.

¿Cuál es el testimonio del papa Francisco, que a sus 86 años dirige e inspira el presente y futuro de la Iglesia católica?

El papa Francisco es un anciano que construye sueños. Pienso en el mensaje de paz que llevó al Congo y Sudán del Sur en su viaje del 31 de enero al 5 de febrero. En el gesto que tuvo en el Vaticano de besar los pies a los líderes enfrentados en Sudán del Sur con el fin de alentar el proceso de paz en el país africano. También en todos sus mensajes para pedir el final de la guerra en Ucrania. El papa Francisco es un profeta, porque mira al futuro con los ojos de Dios.

Entrevista completa en:
<https://bit.ly/3XYJcu9>

«100 DÍAS CON LA TATA», DESCUBRIENDO EL TESORO ESCONDIDO

MERCÈ SOLÉ TEY



Fotografía: Miguel Ángel Muñoz

Es muy interesante la película (o quizá debería decir el documental) que el polifacético actor Miguel Ángel Muñoz ha realizado sobre la Tata, la hermana de su bisabuela, que cuidó de él cuando era pequeño y que ahora, nonagenaria, vive sola, y que se puede encontrar en Filmin o en Netflix.

El vínculo mutuo de afecto lleva a Miguel Ángel a aproximársele, a velar para que esté bien atendida, a dedicarle tiempo e intentar satisfacer sus deseos. Con el inesperado confinamiento de la pandemia se traslada a su piso para poder garantizar su atención.

Estos 100 días de convivencia y de mutua compañía reavivan a la Tata, que se encuentra cada día un poco mejor, que está siempre de excelente humor y que se acaba convirtiendo en una estrella de las redes sociales. Por contraste, su cuidador va notando que cuidar de otro a veces es un esfuerzo que comporta un gran desgaste, físico, psíquico y emocional. La tensión entre cuidador y cuidada está magníficamente expresada.

De esta experiencia resaltaría algunos aspectos. En primer lugar, que la Tata, una mujer muy sencilla, que ha trabajado toda la vida como cuidadora o limpiando que, como en tantos otros casos, le ha quedado una pensión con la que no puede vivir, es un testimonio de alegría y de servicio, que es también una llamada para Miguel Ángel. Una llamada que

recuerda el final del texto del buen samaritano: «Anda y haz tú lo mismo», y Miguel Ángel lo hace. Es un afecto que da fruto y desgasta, a partes iguales, pero que hace crecer.

El otro es que las cuestiones explícitamente cristianas se exponen en la película, pero se pasa de puntillas sin ahondar demasiado. La Tata es mujer de fe, de hablar de la imagen de la Virgen que tiene en casa, de confiar en el futuro, de agradecer, de ponerse en manos de Dios y de aceptar la muerte. Es esta aceptación serena lo que admira Miguel Ángel. La Tata va a misa, aunque no parece que el relato cristiano –representado en la película por un presbítero– suscite demasiado interés al director.

«Se nace, y nacemos para morir», dice la protagonista. Esta naturalidad, no rehuir lo que es ley de vida, es lo que aporta paz a la angustia de Miguel Ángel que, aparte de no saber cómo podrá dar continuidad a las atenciones de la Tata, no sabe tampoco cómo podrá soportar su muerte. La vida, dice el autor, es muy sencilla: «En estos 100 días el tiempo de mayor felicidad ha sido, simplemente, estar juntos».

Afecto real, confianza total, prestar atención a las personas que nos rodean, cuidar y dejarse cuidar. Aunque haya dolor de por medio. Otra manera de hablar de las Bienaventuranzas. ¿O no?

HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE: AGRADECER EL PASADO Y CONSTRUIR EL FUTURO

M. CARMEN MASSÉ GARCÍA

Fotografía: Dicastero para los Laicos, la Familia y la Vida



«Honra a tu padre y a tu madre, como te lo ha mandado Yahveh, tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en el suelo que Yahveh tu Dios te da» (*Deuteronomio 5,16*).

En los días que nos ha tocado vivir, creo que estamos ante el mandamiento más desconcertante. ¿Cómo explicar a las nuevas generaciones qué es honrar?, ¿quién es hoy padre y madre? Y lo más preocupante de todo, ¿qué tiene esto que ver con ser feliz en la sociedad del consumo, la fama, el placer y la juventud.

Se trata de un mandamiento clave para comprender los demás, el gozne entre la reverencia a Dios (los tres primeros) y la justicia universal (los seis últimos), porque el amor intergeneracional –gratuito e incondicional– y la entrega generosa son el único camino para conocer el amor que Dios nos tiene y para construir un mundo más justo para todos.

Comencemos por lo más simple, «honrar» («kabēd»), un verbo que en la Sagrada Escritura se aplica fundamentalmente a Dios... y a los padres. Un sano ejercicio de reconocimiento de la grandeza, la relevancia, el lugar privilegiado que ocupan en nuestras vidas que, al mismo tiempo, nos enseña a reconocer nuestro propio lugar en el mundo. Es el momento de dejar de depender y comenzar a agradecer y caer en la cuenta de

la propia responsabilidad con el futuro. Porque honrar es reconocer, y ese reconocimiento implica necesariamente respeto y cuidados, con delicadeza, pues es grande la fragilidad que tenemos entre manos. Es interesante ver que no se presupone el cariño y el afecto, pues ya sabemos que las relaciones humanas son frágiles e imperfectas. Honrar ennoblece a quien honra y humaniza esas frágiles relaciones.

Pero, ¿a quién debemos honrar? Padre y madre en el contexto veterotestamentario es quien nos transmite la vida, la fe y las tradiciones. Este mandamiento nos invita a mirar nuestra propia historia de salvación y reconocer quiénes nos han dado la vida, quiénes nos han enseñado a vivir, quiénes nos transmitieron la fe y nos ayudaron a descubrir quiénes somos. Padres, madres, abuelos, educadores, formadores, compañeros de camino... Honrarlos, cuidarlos, escucharlos, sostenerlos nos fortalece las raíces, da sentido a lo que somos y luz para afrontar un futuro cada vez más incierto.

Honar y ser honrados, cuidar y ser cuidados, una eterna cadena solidaria entre las generaciones pasadas, presentes y futuras. Es el latido que no debe cesar nunca en el corazón de carne de nuestra sociedad, el que nos mantiene vivos... «Y seas feliz» (*Deuteronomio 5,16*). No hay otro camino.

Donación y misterio

Comienza el año y ello habla de un nuevo inicio, de formas nuevas de ver la vida y de recibir el misterio que se nos ofrece. Dios se nos brinda –como siempre y de forma novedosa– en una donación de sí mismo capaz de renovar todas las cosas. Recordémoslo: Dios actúa a través de Cristo en la liturgia. Y nos transforma en nuevas creaturas.

La liturgia es así un acontecimiento performativo y creativo al que nos acercamos con el deseo de ser encontrados; esto es así ya que «antes de nuestra respuesta a

su invitación –mucho antes– está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de dejarnos atraer por Él. Ciertamente, nuestra comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha sido deseada por Él en la Última Cena» (*Desiderio desideravi* 6).

Celebrar juntos

La liturgia nos garantiza la posibilidad del encuentro. Se trata de un encuentro con Dios que se nos ofrece, con la comunidad en todas y cada una de sus personas, con la comunión de los santos y con la creación entera que se abre a la salvación. Y se trata de un encuentro que se hace celebración y fiesta; que se hace comida y bebida compartida y que nos hace de esta manera a todos partícipes del amor y de la vida entregada y transfigurada:

«Su infinito deseo de restablecer esa comunión con nosotros, que era y sigue siendo su proyecto original, no se podrá saciar hasta que todo hombre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación (*Apocalipsis* 5,9) haya comido su Cuerpo y bebido su Sangre: por eso, esa misma Cena se hará presente en la celebración de la Eucaristía hasta su vuelta» (*Desiderio desideravi* 4).

LA FE NO SE JUBILA: SER ACOMPAÑADA Y ATESTIGUADA

ENRIC TERMES FERRÉ

Fotografía: Fondo fotográfico del CPL



Me gusta decir que los cristianos y las cristianas no hacemos vacaciones, porque en cualquier lugar y momento estamos llamados a ser testimonios de nuestra fe. Por la misma lógica, los cristianos y las cristianas no nos jubilamos aunque tengamos la edad legal para cobrar una jubilación. Esto tiene sus consecuencias en la transmisión de la fe, también para y con la gente mayor.

El *Directorio para la catequesis* de 2020, documento que orienta la práctica catequética para toda la Iglesia, cuando habla de «catequesis para gente mayor» (núms. 266-268), plantea dos dimensiones: la gente mayor como receptora de catequesis, es decir, necesitada de ser acompañada en este momento de su vida y, al mismo tiempo, como testimonio y trasmisora de la fe.

«Los ancianos deben de recibir una catequesis apropiada, atenta a los aspectos particulares de su situación de vida» (267). La vida evoluciona, las circunstancias y los retos van cambiando. Si esta vida entra en diálogo con la fe, la fe ha de acompañarla e iluminarla, por eso la gente mayor ha de tener al alcance elementos que la ayuden a que esta etapa vital sea iluminada, alimentada y acompañada a la luz de la fe, y ojalá que esto sea en compañía y compartiéndolo con otras personas que estén viviendo un momento similar.

Pienso y agradezco el trabajo que movimientos y grupos de gente mayor realizan para que haya

espacios donde compartir vida, ahondar y actualizar la fe; salir de la soledad y, a veces, del sentido de inutilidad que quizá las abruma. Descubrirse, en definitiva, acogidas y reconocidas en y por la comunidad.

Por otro lado, el *Directorio* dice que «la Sagrada Escritura presenta al anciano creyente como símbolo de la persona rica en sabiduría y en temor de Dios, y por tanto depositaria de una intensa experiencia de vida, lo que en cierto modo le convierte en un catequista natural de la comunidad» (268).

La edad no es impedimento, sino momento oportuno para cuidar la propia fe y ser testimonio de ella en el día a día, de interceder por los otros en la plegaria, de estar cerca de los necesitados (que no lo son solo por razones económicas). La experiencia de vida y fe favorece que puedan ser testimonios sencillos y firmes para aquellos que los rodean (con frecuencia unos hijos o nietos alejados de la fe), un testimonio que ya se vive en la cotidianidad de la vida, o bien acompañando el camino de fe de las jóvenes generaciones de niños, jóvenes y también adultos. Con frecuencia devienen en «memoria» y posibilidad de futuro para la transmisión de la fe de generación en generación.

«VIDA ASCENDENTE», MOVIMIENTO DE MAYORES Y JUBILADOS

ÁLVARO MEDINA

Desde el movimiento de *Vida Ascendente* queremos, en primer lugar, daros las gracias por acordaros de los mayores.

Somos un movimiento laico dedicado a los mayores y jubilados. Nuestra actividad está orientada a fomentar en grupos parroquiales, la amistad, la espiritualidad y el apostolado, que son los pilares de nuestro movimiento.

Vie Montante nació en París a comienzo de los años 50 del siglo pasado. Un grupo de hombres y mujeres jubilados se preguntaban: ¿Qué podemos hacer nosotros en la Iglesia? Y quiso el Espíritu Santo animarlos a trabajar con y para los mayores dentro de la Iglesia, extendiéndose por todo el mundo en los cinco continentes. En España comenzó en los años 80 con los nombres de *Vida Ascendente*, *Vida Creixent* en Cataluña y *Bizian Gora* en el País Vasco.

La situación demográfica del mundo ha cambiado mucho desde entonces, hoy en día la natalidad es mucho menor y la expectativa de vida mucho mayor, lo que está produciendo en la población mundial una situación que nunca antes se ha dado en la historia de la humanidad. Esto hace que toda actividad que se realiza con y por los mayores es más necesaria que nunca.

Vida Ascendente está, por decirlo de alguna manera, «en el centro del huracán». El cuidado de la espiritualidad de los mayores, el acompañarnos en estos tiempos tan especiales, se hace más necesario que nunca.

El papa Francisco está trabajando con mucha intensidad para alertar a la Iglesia y a la sociedad sobre la necesidad de conocer y afrontar la nueva situación de la población mundial. En enero del 2020 convocó en Roma el primer congreso de la Pastoral

de las personas mayores con el nombre «La Riqueza de los años». En él pidió a todas las Conferencias Episcopales del mundo que desarrollaran una pastoral de las personas mayores. En el mes de mayo del 2022, la CEE publicaba el documento *La ancianidad: riqueza de frutos y bendiciones* con orientaciones para esta pastoral. *Vida Ascendente* forma parte de este documento y estamos colaborando en las diócesis para su desarrollo.

Es de especial importancia participar en todos los encuentros que se promueven enfocados al mayor. Visibilizar al mayor es de vital importancia, ya que los mayores tenemos la preciosa y necesaria misión de transmitir la fe a los que vienen detrás de nosotros en el camino de la vida.

Recientemente, se ha publicado el libro *La fuerza de la fragilidad*, que contiene todas las catequesis que el papa Francisco ha dado sobre los mayores, son una joya que todos deberíamos leer. Así mismo, las Jornadas sobre los abuelos y mayores, convocadas anualmente por el Papa, son un nuevo indicador de su preocupación sobre los mayores que nos ha animado a participar en todas las diócesis en su celebración.

Desde *Vida Ascendente* os animamos a todos los que habéis alcanzado la edad de la jubilación, que sois unos jóvenes veteranos, que tenéis mucha vida por delante, a participar en la importante misión de transmitir la fe a los más jóvenes y a los coetáneos, participando en los encuentros de mayores y siguiendo las orientaciones de la pastoral de las personas mayores mayor donde vosotros tengáis más afinidad.

Recopilación de vídeos de las catequesis sobre la vejez: «Los ancianos, un regalo para el futuro de la humanidad» (en línea), *Vatican News*, <http://bit.ly/3YXopIX>



DAME LA FE DE MIS PADRES

Al empezar esta plegaria en seguida me ha venido a la cabeza aquella canción que cantábamos en misa:

«Dame la fe de mis padres:
es la que me falta a mí».

Es que la fe, aun siendo un don de Dios, nos llega a través del testimonio o del anuncio de gente que nos ha precedido;

Si hemos tenido la suerte de haber nacido en una familia cristiana, de los mismos padres, pero si no, igualmente la fe nos ha llegado encarnada a través de aquellos que la han profesado antes que nosotros.

Señor, ¿quién sería yo sin los padres que me transmitieron la fe?

¿Quién me hubiera hablado de ti sin las personas que me han precedido?

¿Cómo te podría escuchar sin la voz de los profetas?

De todas estas generaciones de personas de fe
hemos heredado la Tradición y la Palabra y, quizás,
la valentía de un testimonio claro y humilde,
que los mantuvo firmes y confiados a pesar de las dificultades,
y alegres y esperanzados con los signos del Espíritu.
Ellos son tu Iglesia. Ellos forman parte de nuestra Iglesia.

Señor, somos tu Iglesia que peregrina en la tierra,
santa y pecadora como humana y divina que es
y reunida de los cuatro puntos del horizonte por la gracia del Espíritu.
Ayúdame a sumar mi humilde testimonio a la larga lista
de los que me han precedido, y que sea digno de tu Amor y de su fe:

«Dame la fe de mis padres:
es la que me falta a mí»
Amén.

CUARESMA Y CATECUMENADO

EDUARDO PIRE MAYOL

Una **perícopa** es un fragmento de los evangelios o de la Biblia que tiene unidad propia, es decir, tiene sentido en sí mismo. Por ejemplo: una parábola, una curación, un relato, un sermón de Jesús.

Con la festividad del Bautismo del Señor acaba el tiempo de Navidad y entramos en el llamado «tiempo ordinario», traducción española del *Tempus per annum* latino. Se habla de esta fiesta como *bisagra* entre la Navidad y el tiempo ordinario, pues el domingo siguiente es el II del tiempo ordinario (no el I domingo) y, además, la temática de la festividad del Bautismo va íntimamente unida a la solemnidad de la Epifanía, central en el tiempo natalicio.

Después de recorrer durante cinco semanas el tiempo ordinario, contemplando los misterios de la vida del Señor, llegaremos al tiempo de Cuaresma. Como es sabido, en la liturgia romana este tiempo litúrgico es el único que no empieza con las I Vísperas del I domingo, sino que empieza con el amanecer del miércoles anterior al I domingo de Cuaresma, el Miércoles de Ceniza, que este año ha sido el miércoles 22 de febrero, habitualmente festividad de la Cátedra de San Pedro. La *Feria IV Cinerum* y los días que le siguen hasta el domingo son el resultado de la comprensión de los días cuaresmales como jornadas penitenciales pero, a la vez, conservan la dimensión pascual de los domingos. Por eso, si obviamos los cinco domingos cuaresmales, se suman menos de cuarenta días, pero, añadiendo los que van del miércoles al sábado después de ceniza, salen los cálculos.

Entrando en el tiempo cuaresmal, los dos primeros domingos se proclaman, según el evangelista correspondiente a cada ciclo, los pasajes de las tentaciones de Jesús en el desierto (*Mateo 4,1-11*) y su transfiguración en el monte (*Mateo 17,1-9*), respectivamente.

En el ciclo A que se sigue este año, respecto a los domingos III, IV y V de las lecturas, nos encontramos con las perícopas evangélicas más antiguas de este tiempo litúrgico, las referidas al proceso bautismal.



Fotografía: Fondo fotográfico del CPL

En estos tres domingos se leen tres pasajes narrados por el evangelista san Juan con una impronta bautismal importante. Se trata de la samaritana (*Juan 4,5-42*), el ciego de nacimiento (*Juan 9,1-41*) y la resurrección de Lázaro (*Juan 11,1-45*).

Cabe destacar que la Cuaresma no acaba hasta la tarde del Jueves Santo, cuando empieza el preludeo *in cena Domini* del Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección del Señor (Viernes Santo, Sábado Santo y Domingo de Resurrección). Por lo tanto, el último Domingo de Cuaresma no es el de la resurrección de Lázaro (V de Cuaresma), sino el Domingo de Ramos. En la primera parte de la celebración, de tipo mimético, se proclama la entrada de Jesús en Jerusalén seis días antes de Pascua (*Mateo 21,1-11*). En la segunda parte se proclama la pasión del Señor según el evangelista del ciclo (*Mateo 26,14-27,66*) antes del acontecimiento salvífico del Viernes Santo, para ir preparando a los fieles al acontecimiento central de la historia de la salvación.

En otras tradiciones litúrgicas diferentes a la romana, como la ambrosiana o la hispano-mozárabe, en este último domingo cuaresmal, el Domingo de Ramos, se proclamaba el evangelio, también bautismal, de la unción y cena en Betania antes de entrar en Jerusalén (*Juan 11,55-12,13*).



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web:
<https://bit.ly/3cPOItN>

Tiempo ordinario, ciclo A
 Del 15 de enero al 29 de febrero de 2023
Cuaresma, ciclo A
 Del 26 de febrero al 2 de abril de 2023

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Segundo domingo 15 enero	Te hago luz de las naciones <i>Isaías 49,3.5-6</i>	Gracia y paz de parte de Dios y de Jesucristo <i>1 Corintios 1,1-3</i>	Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado <i>Juan 1,29-34</i>
Tercer domingo 22 enero	El pueblo vio una luz grande <i>Isaías 8,23b-9,3</i>	Que no haya divisiones entre vosotros <i>1 Corintios 1,10-13.17</i>	Se estableció en Cafarnaún <i>Mateo 4,12-23</i>
Cuarto domingo 29 enero	Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre <i>Sofonías 2,3; 3,12-13</i>	Dios ha escogido lo débil del mundo <i>1 Corintios 1,26-32</i>	Bienaventurados los pobres en el espíritu <i>Mateo 5,1-12a</i>
Presentación del Señor 2 febrero	Llegará a su santuario el Señor <i>Malaquías 3,1-4</i>	Tenía que parecerse a sus hermanos <i>Hebreos 2,14-18</i>	Mis ojos han visto a tu Salvador <i>Lucas 2,22-40</i>
Quinto domingo 5 febrero	Surgirá tu luz como la aurora <i>Isaías 58,7-10</i>	Os anuncié el misterio de Cristo crucificado <i>1 Corintios 2,1-5</i>	Vosotros sois la luz del mundo <i>Mateo 5,13-16</i>
Sexto domingo 12 febrero	A nadie obligó a ser impío <i>Eclesiástico 15,16-21</i>	Predestinó la sabiduría antes de los siglos <i>1 Corintios 2,6-10</i>	Así se dijo a los antiguos; pero yo os digo <i>Mateo 5,17-37</i>
Séptimo domingo 29 febrero	Amarás a tu prójimo como a ti mismo <i>Levítico 19,1-2.17-18</i>	Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios <i>1 Corintios 3,16-23</i>	Amad a vuestros enemigos <i>Mateo 5,38-48</i>
Primer Domingo 26 febrero	Creación y pecado de los primeros padres <i>Génesis 2,7-9; 3,1-7</i>	Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia <i>Romanos 5,12-19</i>	Jesús ayuna cuarenta días y es tentado <i>Mateo 4,1-11</i>
Segundo Domingo 5 marzo	Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios <i>Génesis 12,1-4a</i>	Dios nos llama y nos ilumina <i>2 Timoteo 1,8b-10</i>	Su rostro resplandecía como el sol <i>Mateo 17,1-9</i>
Tercer Domingo 12 marzo	Danos agua de beber <i>Éxodo 17,3-7</i>	El amor ha sido derramado en nosotros <i>Romanos 5,1-2.5-8</i>	Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna <i>Juan 4,5-42</i>
Cuarto Domingo 19 marzo	David es ungido rey de Israel <i>1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a</i>	Levántate de entre los muertos <i>Efesios 5,8-14</i>	Él fue, se lavó, y volvió con vista <i>Juan 9,1-41</i>
Quinto Domingo 26 marzo	Pondré mi espíritu y viviréis <i>Ezequiel 37,12-14</i>	El Espíritu habita en vosotros <i>Romanos 8,8-11</i>	Yo soy la resurrección y la vida <i>Juan 11,1-45</i>
Domingo de Ramos 2 abril	No escondí el rostro ante ultrajes <i>Isaías 50,4-7</i>	Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó <i>Filipenses 2,6-11</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Mateo 26,14-27,66</i>

Se puede acceder a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace:
<https://bit.ly/3xJ2uJl>



Ciento sesenta años y cuarenta días

DOLORES ALEIXANDRE PARRA

La cifra corresponde a la suma aproximada de las edades del trío compuesto por Simeón, Ana y Jesús niño. Y es que, aunque Lucas menciona nombres de grandes personajes de la política de entonces –Herodes, César Augusto, Arquelao, Filipo...–, en la escena de la presentación del Niño en el templo lo sitúa entre dos personas de fiar, un hombre y una mujer con nombres preciosos: Simeón «el que escucha» y Ana «la agraciada». Para esta última pareja de ancianos, lo de subir cada día al templo debía formar parte de su rutina, aunque, eso sí, empleando cada vez más tiempo en el recorrido: «Cada día distingo peor estos dichosos peldaños», decía Simeón. «No te quejes –respondía Ana– que subirlos con artritis es muchísimo peor». Él tenía buenísima fama y se le consideraba «justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel y estaba en él el Espíritu Santo», reconoce Lucas.

Ella tampoco se quedaba corta: se dice de ella que era nada menos que profetisa, pero en seguida se la vincula a personajes varones, como no podía ser de otra manera y más en aquel

tiempo. Estaba viuda y «no se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones». Así, era una profetisa un poco especial, por lo dedicada que estaba a rondar el templo y sus horarios, cuando los profetas habían sido bastante reticentes en los asuntos del culto.

Pero la escena nos guarda una sorpresa al final y desvela qué tipo de profetismo era el de Ana. Simeón había acudido aquel día al templo, empujado por el Espíritu Santo, y se encontró a José y María con su niño, una familia de galileos pobretones haciendo cola para las ofrendas con su jaulita de dos pichones (no les daba el presupuesto para ofrecer un cordero). Seguramente se pusieron a hablar y a Simeón le cayó bien aquel niño y lo cogió en sus brazos –«¿qué hace un niño como tú en un templo como este?»– y sintió que le reverdecía todo el ser, como si se llenaran los ojos de candelas y sus rodillas vacilantes recobrarán vigor. Se le fue del todo el miedo a la muerte y era como si, en vez de sostener él al niño, fuera este quien lo sostuviera a él. Y justo en aquel momento



–el Espíritu estaba muy activo aquella mañana– llegó Ana y «acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén». A ella, el niño le había despertado el profetismo y decidió que se habían acabado los ayunos, las penitencias y las vigili­as, así que se puso un pañuelo blanco en la cabeza y, como si fuera una abuela de la Plaza de Mayo, daba vueltas alrededor del templo con la imagen del niño grabada en sus pupilas y contándole a todo el mundo cómo era. Y quizá sintió, igual que podemos sentirlo nosotros si nos encontramos con el Niño, que había llegado por fin a sí misma.